

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR. MISA DEL DÍA

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

25 de diciembre de 2014

Is 52, 7-10; Heb 1, 1-6; Jn 1, 1-18

Palabras... ¡Oímos tantas! Y a menudo no surgen de la densidad del pensamiento y del corazón; a menudo son palabras vacías, de cara a la galería, palabras de propaganda, palabras para halagar, para distraer, o para atacar. Palabras sin contenido, que no tienen más finalidad que la inmediatez, lo que vale hoy quizás ya no valdrá mañana, palabras evanescentes que no sirven para fundamentar nada.

En cambio, el evangelio que acabamos de escuchar nos ha dicho que Jesús es *la Palabra*; una palabra que sale del Padre, llena de vida, que llega al corazón y al pensamiento y los ilumina, los suaviza. Y, ya antes, la carta a los Hebreos nos ha presentado también a Jesús como *la Palabra* definitiva, última, de Dios: *En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo*. Las de los profetas eran palabras introductorias, inicios dosificados de la revelación de Dios. Jesucristo, en cambio, es su revelación suprema en medio de la humanidad. En Jesús Dios nos lo ha comunicado todo.

Hablar es comunicar a otro algo del propio interior, de lo que pienso y lo que siento. Es comunicar la propia intimidad. Es explicar lo que soy, lo que pienso y lo que vivo. Una palabra así, que revela lo que tenemos dentro, suele ser dicha por amor y con confianza. Y pide ser acogida con sinceridad. Algo parecido ocurre con Dios.

Durante siglos el Dios invisible se había ido revelando progresivamente con palabras, con signos, con hechos. Así iba preparando el momento de plenitud de revelación. Pero nunca se había manifestado tanto como en Jesús. Decir que él es *la Palabra divina*, es afirmar que es el que da a conocer, de una manera auténtica y plena, a Dios, el Ser supremo que *nadie lo ha visto jamás*, excepto el que *estaba junto a Dios en el principio*, antes que nada existiera. *Al mundo vino*, y nos explica a Dios; el Ser Supremo no es una fuerza dominante y lejana, sino un Padre lleno de ternura. Y a la vez, nos hace descubrir qué somos los seres humanos a los ojos de Dios; no "un trozo de carne y pensamiento" (cf. Josep M. de Sagarra, *Poema de Navidad*), sino unos seres queridos cada uno por sí mismo, que Dios quiere como interlocutores, con los que entrar en un diálogo cordial y de amor, para ayudar y salvar.

Jesucristo es la expresión perfecta del Padre. Y quien mejor nos lo puede dar a conocer ya que ha compartido desde siempre la existencia con él. Por ello podrá decir, más adelante, que *quien me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14, 9); *lo que yo os digo no lo hablo por mi cuenta. El padre... permanece en mí* (cf. Jn 14, 10); *lo que yo hablo, lo hablo como me ha encargado el Padre* (Jn 12,50).

Se puede hablar con la palabra o con un gesto o con una sonrisa. Aquel que viene a darnos a conocer a Dios, ahora, al nacer, habla desde el silencio, a través de la sonrisa y del llanto, del hambre y de las otras funciones fisiológicas; habla a través de la debilidad de un recién nacido que lo necesita todo los mayores. Esto también es *palabra* que revela y muestra que el Dios Creador es humilde, asume todas nuestras necesidades y fragilidades, asumirá la muerte.

El que es *la Palabra*, al nacer, no habla con palabras sino con hechos llenos de humanidad y de debilidad. Después, durante una treintena de años, en el anonimato de un pueblo pequeño, será uno más entre los otros; el que es *la Palabra* continuará hablando desde la humildad, con las pocas palabras de la escuela, del trabajo de cada día, de las relaciones familiares y vecinales. Así revela el Dios invisible. Está siempre, sin embargo, vuelto hacia el Padre, en unión íntima con él. Sólo durante unos tres años el que es *la Palabra* será elocuente en la predicación y en las obras, será otra manera de darnos a conocer a Dios y el momento de formar el núcleo de los discípulos de la Iglesia, que deberá continuar su misión e ir por todo el mundo anunciando su mensaje (cf. Mt 28, 19-20). Llegará un día en que la palabra se hará *grito* (cf. Mc 15, 37)) y exhalará el último aliento. Para asumir la muerte como uno más, al igual que había nacido para ser uno más *entre nosotros*. Pero esta muerte también será *Palabra*, revelación de un amor sin límites y de la realidad de una vida eterna.

Esta solidaridad de Dios con la humanidad, manifestada en Jesucristo, que se inicia en la Navidad, no nos puede dejar indiferentes ante los que pasan necesidades básicas. No podemos llegar a todas las necesidades del mundo, pero sí colaborar para paliar algunas. Cáritas hace un buen trabajo en este ámbito y a través de este servicio eclesial podemos llegar a las personas concretas. Por ello, os proponemos colaborar en la colecta que haremos al final de la celebración para entregar su contenido a esta entidad de Iglesia.

Jesús habla con sus silencios y con su Palabra. En la alegría de la Navidad, acojámoslo cada día como Palabra de vida que nos comunica la vida eterna (cf. 1Jn 1, 2), que ilumina el camino de la existencia humana y nos lleva a contemplar la gloria que le corresponde como Hijo único del Padre.

Jesús habla en la Palabra que hemos escuchado. Pero habló, también, en el silencio del *pesebre* (cf. Lc 2, 6) y habla en el silencio del Sacramento de la Eucaristía. Es la misma humildad. Es la misma gloria. Es el mismo don de gracia a favor nuestro.